

unos novios cuyo haber no pasará de seis ó siete mil pesetillas anuales, que han puesto un gabinete *Imperio* y que la sala la pondrán *Luis XV*. Todo esto es por obra y gracia de los Hoteles.

\*\*\*

Son el veneno y el contraveneno, porque cuando las vicisitudes de la suerte obligan á esos mismos novios, ya esposos, cargados de familia y discurriendo arbitrios para hacerse la vida más barata, á vender el *Luis XV* y el *Imperio*; en tal contingencia acuden nuevamente al Hotel. Deslucidos ya, van los muebles que un tiempo fueron orgullo de la feliz novia, á ocupar otra vez un sitio en la almoneda pública y diaria. ¡Oh, si hablasen los muebles! ¡Qué historias tan sabrosas ó tan amargas referirían! ¡Qué cantidad de alma humana ha impregnado con átomos sutiles de melancolía, de desesperación, de emoción venturosa, esa madera, ese bronce, esos brocados, esos cortinajes pesadamente guarnecidos de pasamanerías y borlones, esos tirantes biombos tras de los cuales se escondió el llanto de la pena ó el retozo del amor!

\*\*\*

En los Hoteles se venden también cuadros antiguos. Claro es que no de los mejores, ni mucho menos, porque el lienzo ó el cobre de valor artístico verdadero ha sido ya arrebatado por el anticuario. Retratos mediocres, paisajes modernos de esos que abundan y cunden como una epidemia, acuarelas de casación y grandes lienzos místicos, embetunados, es lo que podréis descubrir, por regla general, en los salones más recónditos de los Hoteles. Trozos de retablos desdorados, estatuas de piedra mutiladas, vargueros falsificados, porcelanas rotas y compuestas artísticamente, arcaicas imágenes en urnas, mamparas con chinos sobre fondo de laca azul, escudos rotos, arrancados de alguna sobrepuerta, se hacinan en confusión menos pintoresca que la del Rastro, y sugieren al espíritu la idea nostálgica de los pasados y extinguidos esplendores. Esta idea es, sin género de duda, la poesía especial de semejantes leoneras.

En efecto, detrás de un despojo de ciertos grandes naufragios sociales, vemos desenvolverse el drama del naufragio mismo, con sus peripecias y episodios, que seguimos entonces tal vez con mirada distraída, y que ahora reconstruimos de golpe en unidad de acción. Dos enormes espejos tallados y blasonados, que se arrinconan en un ángulo de la sala semiobscura, evocan el recuerdo de una familia que aún ayer descollaba en los más claustrales y escogidos salones de la corte. Ella, una belleza profesional; él, un hombre de *club*, de estos cuyo tipo parece especial creación de la etapa que atravesamos. A ella se la veía en los teatros y en los saraos, deliciosamente vestida y tocada, hermosa de otra manera que cuando llegó á la corte desde su provincia: algo marchita y lánguida su frescura, afinado su tipo, prolongado el cuello, cárdenas las ojeras, realzada con artificios la beldad —indiscutible é indiscutida,—pero ya tocada por el dedo riguroso de los años de madurez, aunque fuese tan juvenil el cuerpo y tan admirable la perfección de las facciones. Su nombre se citaba en primer término en las revistas de la prensa; su sonrisa era solicitada; y cuando, por caso rarísimo, daba una fiesta, el asistir á ella considerábase un diploma de elegancia y buen tono. Tenía ese ambiente especial, que en Francia se llama *capiteux* y que aquí no hay palabra con qué definir; aureola de la mujer elevada y codiciada, cuya presencia alumbra y cuyos ojos son solitarios ricos, que eclipsan á las joyas... Y la gente, desde afuera, no veía más que esto: no pensaba si en tal existencia se plantearía un problema económico terrible; si una mañana los acreedores—que no se contentan con sonrisas del labio ni ondulaciones del cuello de cisne—iban á presentarse reclamando todo lo que ya era suyo en la aristocrática morada, y si, para acallarles, iba á ser preciso que los espejos donde se reflejó tanto hechizo viniesen á parar á este rincón semiobscurito del Hotel.

Un simbolismo parece esconderse en estos espejos —esconderse y manifestarse á la vez, según es ley de los verdaderos simbolismos.—Son los espejos altos, amplios, y en su cimera, fastuosos adornos rodean y decoran el blasón. Mucha gente los mira y encuentra que están tasados en módico precio. «Es que —explica el dependiente—el copete se me figura que no es de talla... Deben de ser molduras de yeso...» En efecto, por algunas partes la capa de oro, descascarillada, deja ver la blancura de la pasta en que se moldeaban los resaltes.—Y yo pensé para mí que, cuando los adornos son de talla verdadera, es cuando el mueble de lujo tiene su solidez y su valor, y que en otro caso es de oropel y de alquimia lo que en él puede causar

admiración al sencillo vulgo. Y así las familias ilustres, cuando se dejan arrastrar por el peligroso derribadero de la apariencias y del derroche, que las procura triunfos momentáneos y las relega después á la penumbra de la estrechez y acaso la miseria.—Cortas alegrías de vanidad, satisfacciones acibaradas por los recelos del porvenir, angustias mezcladas con risas, se pagan con la ruina de los hijos y el declinar del nombre. Por muy distinguido, histórico y memorable que éste sea, no cabe conservar su lustre si falta el glóbulo rojo, plebeyo, del dinero, en la sangre azul.

No quiere decir que para preservar el decoro haga falta ser millonario. El decoro no consiste en desempedrar las calles con magníficos trenes, ni en abrir la casa para saraos espléndidos, ni en desclavar el cajón que remite Doucet, ni en estar siempre al aire y pelo de la última moda en indumentaria, mobiliario, servicio, comida, veraneo, etc. El decoro es... *un copete de talla*. La solidez, la seriedad, el pasito que dure..., y lo demás son... copetes de yeso que cualquier *parvenu* puede ostentar, seguramente con mayor profusión que los antiguos y clásicos señores.

\*\*\*

He aquí las reflexiones que—entre otras—sugiere una excursión por las salas de los Hoteles de ventas. Y no cabe duda, también las prenderías y casas de empeño enseñan mucho. Quizás enseñan más aún. Porque allí va á parar la joya adquirida á costa de mil sacrificios, exhibida entre transportes de vanidad que provocan espasmos de envidia, y enajenada en los apuros de las horas negras y zozobranes, cuando falta lo necesario porque se ha querido tener lo superfluo... Allí también tropezáis á cada instante con la nada sentimental, con lo deleznable, lo irónico de las grandes protestas de cariño; al través de los vidrios del escaparate, dijese con corazones, brazaletes con dedicatorias, medallones con rizos de cabellos, preases expresamente fabricadas para atestiguar amistades ó amores, ternuras íntimas y recuerdos imborrables, os lanzan al rostro su carcajada dolorosa, su «polvo eres, polvo serás», cien veces más amargo que el que sólo se refiere á la descomposición física y orgánica...

Todo eso que parecía substancia de las almas, reliquia sacratísima que hasta no deben mirar ojos profanos; todo eso en que se concentró la poesía de una existencia y la ilusión de un espíritu..., vedlo tasado en doce, en quince duros. Podéis adquirirlo; podéis daros el gusto de borrar la fecha inscrita en lo más recóndito de la alhaja, arrojar al viento los cabellos apolillados, y violentar y profanar lo que acaso sea más respetable que un sepulcro, pues al fin el sepulcro sólo guarda inertes despojos, mientras aquí se guardaba lo que no muere...

Lo mismo que las demás cosas humanas, las casas de empeños, vistas así, son profundamente melancólicas. Debemos mirarlas con ojos insensibles, curiosos únicamente del espectáculo. Como dijo el gran poeta, «no es un escudo, es un corazón de bronce lo que Vulcano deberá forjarte.»

EMILIA PARDO BAZÁN.

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

¿Habéis estado alguna vez en esos bazares de mobiliario que se llaman *Hoteles de ventas*? No se pueden comparar á las prenderías, porque en las prenderías todo es viejo, todo es empeñado, mientras en los Hoteles de ventas la mayor parte del surtido es nuevo, flamante, acabado de salir de casa del ebanista. Pero como sobre cada mueble danza un tarjetón con el precio, no hay que decir los pasos y molestias que se ahorra el que quiere poner casa sin andar de la Ceca para la Meca, regateando aquí y sufriendo engaños acullá. Al menos, en el Hotel todo el mundo paga lo mismo por un mismo mueble, y esto siempre es consolador y calmante para el amor propio del que compra.

\*\*\*

Hay que ver, en los Hoteles, el aspecto de los compradores, en su mayoría. Van por grupos—dos señoras, una señora, una señorita, un joven, otra señorita con un señor viejo,—combinaciones de familia, modestias de clase media en busca de los muebles que han de adornar y hacer confortable el pisito barato. Se les ve examinar detenidamente cada futura adquisición; sopesar las sillas, ensayar la resistencia de las butacas, abrir los armarios para cerciorarse de que juegan y encajan bien las puertas, tantear el vigor de las patas de las mesas, comprobar si están sanas las molduras de yeso de los espejos y enterizo el mármol de las mesas de noche. Un mueble es un compañero para toda la vida, en la mayoría de los hogares; á no venir el traslado, el empleo en ciudades lejanas, ese mueble se eternizará en la casa, presenciando las alegrías y las tristezas íntimas de la familia; en la cama que los novios van á adquirir en el Hotel, nacerán los hijos y morirán los padres; ante la mesa de imitación de nogal se sentarán diariamente á partir el pan, y con el pan, la vida entera... Y en estas cosas de la vida, profundas, cariñosas, dolorosas, es en lo que pienso cuando recorro las salas de los Hoteles en busca de algún grabado ó de algún *biblot* viejo, que á veces, entre los brillos del barniz fresco, asoma mostrando su pátina suave.

\*\*\*

Los Hoteles son lo que era en otro tiempo el Rastro, porque en ellos se encuentra de todo. Sólo que en el Rastro predominaba lo viejo, y en los Hoteles, como dejo dicho, es lo nuevo lo que forma la base del tráfico. Los Hoteles están limpios; podéis recorrer sus vastas salas, abarrotadas de mobiliario, sin mancharos la ropa ni sacar los guantes negros. La mugre clásica de las *Américas* ha desaparecido. Hasta hay algo de coquetería graciosa en las sillas forradas de seda, en las vitrinas de claros cristales, en el frote de encáustico de los armarios y aparadores de talla, y en el vivo dorado de los bronceos. El *confort*, esta necesidad apremiante de la existencia contemporánea, se insinúa y se infiltra en la voluntad y el deseo de la gente, no toda acomodada, que recorre los Hoteles. Han desaparecido las sillas de paja, las cómodas de caoba, las esteras, los braseros, las consolas, los relojes y candelabros de cinc, las modestísimas alhajas con que se honraban las casas de medio pelo, y aun algunas de cumplida cabellera, en épocas no remotas; y oí decir, con la mayor naturalidad, á